

XX

DONDE SE VERÁ QUE LOS MUERTOS NO TIENEN
MENOS RAZÓN QUE LOS VIVOS

La agonía de la barricada iba á empezar.

Todo contribuía á aumentar la trágica majestad de aquel momento supremo; mil ruidos misteriosos en el aire, el soplo de las masas armadas que se movían en las calles ocultas á la vista, el galope intermitente de los caballos, el sacudimiento de las piezas de artillería en marcha, las descargas cerradas y los cañonazos cruzándose en el laberinto de París, el humo dorado de la batalla subiendo por cima de los tejados, gritos lejanos, vagos, terribles, relámpagos amenazadores en todas partes, la campana de Saint-Merry que ahora parecía sollozar, la dulzura de la estación, el esplendor del cielo lleno de sol y de nubes, la hermosura del día y el espantoso silencio de las casas.

Porque desde la víspera las dos hileras de casas de la calle de la Chanvrerie se habían convertido en murallas, y murallas de aspecto feroz. Las puertas, las ventanas, los postigos, todo estaba cerrado.

En aquellos tiempos, tan distintos de los actuales, cuando había llegado la hora en que el pueblo quería derrocar una situación demasiado larga, ó acabar con una carta otorgada, ó con un país legal;

cuando la cólera universal se difundía en la atmósfera; cuando la ciudad consentía en la sublevación de sus adoquines; cuando la insurrección hacía sonreír á la clase media susurrándole el santo y seña al oído; entonces el habitante, penetrado, digámoslo así, de motín, auxiliaba al combatiente y la casa fraternizaba con la fortaleza improvisada, á que servía de apoyo.

Cuando la situación no había aún madurado; cuando la insurrección no era consentida decididamente; cuando la masa rechazaba el movimiento, ¡ay de los combatientes! La ciudad se convertía en desierto al rededor de los sublevados, las almas se helaban, los asilos se cerraban y la calle se cambiaba en desfiladero para ayudar al ejército á tomar la barricada.

No se hace andar á un pueblo por sorpresa más aprisa de lo que él quiere. ¡Desgraciado del que acude á medios violentos! Un pueblo no se deja manejar. Entonces abandona la insurrección á sí misma y mira á los insurrectos como apestados, y la casa es una escarpa, la puerta una repulsa, la fachada un muro; pero un muro que ve, oye y se hace el sordo. Pudiera entreabrirse y salvaros. No. Ese muro es un juez. Os mira y os condena. ¡Qué sombrío aspecto el de esas casas cerradas! Parecen muertas y están vivas. La vida que se encuentra allí, como en suspensión, persevera. Nadie ha salido de allí hace veinticuatro horas; pero tampoco falta nadie. Dentro de aquella roca van, vienen, se acuestan, se levantan; se vive en familia, beben, comen, tienen miedo. El miedo ¡cosa terrible! excusa semejante comportamiento inhospitalario, y el susto que se siente es una circunstancia atenuante.

A veces, se han visto ejemplos de ello, el miedo se convierte en pasión; el susto puede cambiarse en

furia, como la prudencia en rabia. De ahí esta palabra tan profunda: *Esos moderados rabiosos*. Hay resplandores de supremo espanto de donde sale, como un humo lúgubre, la cólera.—¿Qué quiere esa gente? No están nunca contentos. Comprometen á los hombres pacíficos. ¡Como si no tuviésemos ya revoluciones de sobra! ¿Qué han venido á hacer aquí? Que busquen medio de salvarse, y si no lo encuentran, peor para ellos; suya es la culpa. Merecido les está. Nada de eso nos atañe. Pues, y ¿nuestra pobre calle? ¡Cómo nos la han acribillado de balas! Es un hato de perdidos. Sobre todo, no abráis la puerta.—Y la casa toma el aspecto de una tumba. El insurrecto agoniza delante de aquella puerta; ve llegar la metralla y los sables desnudos; si grita, se sabe que le escuchan; pero que no vendrán á abrirle. Hay allí paredes que podrían protegerle; hay allí hombres que podrían salvarle, y son paredes con oídos de carne y hombres con entrañas de piedra.

¿A quién acusar?

A nadie y á todos.

A los tiempos incompletos en que vivimos.

La utopía se transforma siempre de su cuenta y riesgo en insurrección, pasando de protesta filosófica á protesta armada, de Minerva á Palas. La utopía que se impacienta y se vuelve motín, sabe lo que le aguarda; lo común es que llegue con demasiada anticipación. Entonces se resigna y acepta estoicamente, en lugar del triunfo, la catástrofe. Sirve sin quejarse, y hasta disculpa á los que reniegan de ella; su magnanimidad es consentir en el abandono. Es indomable contra el obstáculo é indulgente para con la ingratitud.

¿Y es, en efecto, ingratitud?

Sí, bajo el punto de vista del género humano.

No, bajo el punto de vista del individuo.

El progreso es el modo de ser del hombre. La vida general de la especie humana se llama el Progreso; el paso colectivo de la especie humana, se llama el Progreso. El progreso marcha; hace el gran viaje humano y terrestre hacia lo celestial y lo divino; tiene sus momentos de reposo en que reúne el rebaño que se había retardado; tiene sus estaciones en que medita ante alguna tierra de Canaán espléndida que descubre de improviso su horizonte; tiene sus noches en que duerme, y una de las más dolorosas ansiedades del pensador es ver la sombra en el alma humana y tocar, en medio de las tinieblas, sin lograr despertarlo, el progreso dormido.

El que desespera hace mal. El progreso se despierta infaliblemente; y, en suma, pudiera decirse que marcha, aún dormido, á causa de su desarrollo. Cuando se le vuelve á ver en pie, se le encuentra más alto. Estar siempre sereno no depende del río ni del progreso. No elevéis ninguna barrera, no arrojéis ninguna roca, porque el obstáculo hace espumar el agua y hervir la humanidad. De ahí los disturbios; pero después de estos disturbios se conoce cuánto camino se ha andado. Hasta que el orden, que no es otra cosa que la paz universal, se halla establecido; hasta que la armonía y la unión reinen, el progreso tendrá por etapas las revoluciones.

¿Qué es, pues, el progreso? Acabamos de decirlo. La vida permanente de los pueblos.

Ahora bien; algunas veces sucede que la vida momentánea de los individuos resiste á la vida eterna del género humano.

Confesémoslo sin pena; el individuo tiene su interés distinto y puede, sin crimen, estipular en favor de ese interés y defenderlo. El presente posee su cantidad excusable de egoísmo; la vida momentánea tiene su derecho y no está obligada á sacrificarse sin

cesar por el porvenir. La generación, á quien toca actualmente dar la vuelta al mundo, no se halla constituida en el deber de abreviar su viaje por otras generaciones que, bien considerado todo, son iguales á ella y cuyo turno llegará más adelante.—Existo, murmura esa entidad que se denomina Todo. Soy joven, y estoy enamorado; soy viejo, y quiero descansar; soy padre de familia, trabajo, prospero, emprendo buenos negocios, poseo casas de alquiler, cobro dinero del Estado, soy feliz, tengo mujer é hijos, amo todas estas cosas, deseo vivir, dejadme tranquilo.—De ahí, en ciertas horas, esa profunda indiferencia hacia la magnánima vanguardia del género humano.

Por otra parte, la utopia, preciso es convenir en ello, sale de su radiosa esfera cuando apela á las armas. Siendo la verdad de mañana, toma prestada á la mentira de ayer su regla de conducta: la batalla. Siendo el porvenir, obra como el pasado. Siendo la idea pura, se convierte en vía de hecho. Complica su heroísmo con una violencia de que es justo responder; violencia de ocasión y de recurso, contraria á los principios, y por la que es castigada fatalmente.

La utopia, una vez insurrección, combate, llevando en la mano el antiguo código militar; fusila á los espías, ejecuta á los traidores, suprime seres vivientes y los arroja en las tinieblas desconocidas. Se sirve de la muerte ¡cosa siempre grave! Parece que la utopia ha perdido la fe en la irradiación, que es su fuerza irresistible é incorruptible. Maneja la espada, y, como toda espada, tiene dos filos; al herir con el uno se hiere en el otro.

Hecha esta salvedad, sin consideración de ninguna especie, nos es imposible dejar de admirar, triunfen ó no, á los gloriosos combatientes del porvenir,

á los mártires de la utopia. Aún cuando pierdan, son venerables, y quizá su majestad es mayor en este último caso. La victoria, en el sentido del progreso, merece el aplauso de los pueblos; pero una derrota heroica merece su simpatía. La una es magnífica y la otra sublime. Para nosotros, que preferimos el martirio al triunfo, Juan Brown es más grande que Washington, y Pisacane más grande que Garibaldi.

Preciso es que alguien esté por los vencidos.

El mundo es injusto con esos grandes ensayadores del porvenir, cuando no triunfan.

Acúsase á los revolucionarios de sembrar el miedo. Toda barricada parece un atentado. Se acriminan sus teorías, se recela de su objeto, se teme su segunda intención, se denuncia su conciencia. Se les echa en rostro que elevan, construyen y acumulan contra el hecho social reinante un montón de miserias, dolores, iniquidades, agravios, desesperación, y que arrancan de las hondonadas pedruscos de tinieblas para formar parapetos y combatir desde ellos. Gritaseles: —¡Desempedráis el infierno! Pudieran contestar:— Por eso nuestra barricada está hecha de buenas intenciones.

Lo mejor, sin duda, es la solución pacífica. En suma, confesémoslo; cuando se ve el empedrado, se piensa en el oso, y es una buena voluntad de que la sociedad se asusta. Pero de la sociedad depende salvarse á sí misma, y á su propia buena voluntad apelamos nosotros. Ningún remedio violento es necesario. Estudiar el mal amigablemente, hacerle constar y luego curarle: á esto la invitamos.

Como quiera que sea, aún caídos, sobre todo caídos, son augustos esos hombres que, en todos los puntos del universo, la vista fija en la Francia, luchan por la grande obra con la inflexible lógica del

ideal. Dan su vida gratuitamente por el progreso; cumplen la voluntad de la Providencia; ejecutan un acto religioso. A la hora señalada, con tanto desinterés como un actor á quien llega su turno, obedeciendo al maestro de escena divino, bajan á la tumba y aceptan ese combate sin esperanza, esa desaparición estoica para conducir á sus espléndidas y supremas consecuencias universales el magnífico movimiento humano, irresistiblemente empezado el 14 de julio de 1789; esos soldados son sacerdotes. La revolución francesa es un gesto de Dios.

Por lo demás, hay (conviene añadir esta distinción á las ya indicadas en otro capítulo) las insurrecciones aceptadas que se llaman revoluciones y las insurrecciones rechazadas que se llaman motines. Una insurrección que estalla, es una idea que sufre su examen ante el pueblo. Si el pueblo deja caer la bola negra, la idea es un fruto seco; la insurrección es una planta agostada.

Combatir á cada intimación, y siempre que la utopía lo desea, no es propio de los pueblos. Las naciones no tienen á todas horas el temperamento de los héroes y de los mártires.

Son positivas. A priori, la insurrección les repugna; primero, porque frecuentemente su resultado es una catástrofe; segundo, porque siempre su punto de partida es una abstracción.

Pues siempre, y esto es hermoso, los que se sacrifican lo hacen por el ideal, por el ideal sólo. Una insurrección es un entusiasmo. El entusiasmo puede montar en cólera, y tal es el motivo de que se eche mano de las armas. Pero toda insurrección que apunta á un gobierno ó á un régimen, pone la mira más alto. Así, por ejemplo, insistamos en ello; lo que combatían los jefes de la insurrección de 1832 y, en particular, los jóvenes entusiastas de la calle

de la Chanvrière, no era precisamente á Luis Felipe. Los más de ellos, cuando hablan con toda franqueza, hacían justicia á las cualidades de aquel rey, punto medio entre la monarquía y la revolución; ninguno le odiaba. Pero atacaban la rama segunda del derecho divino en Luis Felipe, como habían atacado la rama primogénita en Carlos X; y lo que querían derrocar, derrocando el trono en Francia, era, lo hemos explicado antes, la usurpación del hombre por el hombre y del derecho en el universo entero por el privilegio. El resultado de París sin rey, es el mundo sin déspota. De este modo raciocinaban; y su objeto, lejano sin duda, vago quizá, era, sin embargo, grande.

Así es, en efecto. Sacrificase uno por esos fantasmas que, para los sacrificados, son ilusiones casi siempre; pero ilusiones á las que, en suma, se mezcla toda la certidumbre humana. El insurrecto poetiza y adora la insurrección. Lánzase en esos trágicos acontecimientos, embriagándose con lo que va á hacerse. ¿Quién sabe? Tal vez se triunfe. Son los menos; tienen contra sí todo un ejército; pero defienden el derecho, la ley natural, la soberanía del individuo sobre sí mismo, cuya abdicación es imposible, la justicia, la verdad y, si llega el caso, mueren como los trescientos espartanos.

No se piensa en don Quijote, sino en Leonidas.

Y siguen adelante, y, una vez comprometidos, ya no retroceden. Precipítanse de cabeza, siendo su esperanza una victoria inaudita, la revolución consumada, el progreso libre, el engrandecimiento del género humano, la emancipación universal y, en último caso, las Termópilas.

Con frecuencia, esos combates en favor del progreso se frustran y acabamos de decir por qué. La muchedumbre se muestra reacia al impulso de los

paladines. Las masas pesadas, las multitudes, frágiles por su peso mismo, temen las aventuras y hay algo de aventura en lo ideal.

Por otra parte, no debe olvidarse que entran también en juego los intereses, poco amigos de lo ideal y de lo sentimental. A veces el corazón es paralizado por el estómago.

La grandeza y hermosura de Francia consiste en que cría menos vientre que los demás pueblos; sujétase más fácilmente la cintura. Es la primera que se despierta y la última que se duerme. Marcha hacia adelante. Gusta de descubrir terreno.

Esto depende de que es artista.

Lo ideal no es más que el punto culminante de la lógica, así como la belleza no es más que la cima de la verdad. Los pueblos artistas son también los pueblos consecuentes. Amar la belleza, es ver la luz. Por eso la antorcha de Europa, es decir, de la civilización, fué llevada primero por Grecia, que la traspasó á Italia, y ésta, á su vez, ejecutó lo mismo con Francia. ¡Divinos pueblos, radiantes de luz! *Vital lampada tradunt.*

¡Cosa admirable! La poesía de un pueblo es el elemento de su progreso. La cantidad de civilización se mide por la cantidad de imaginación. Pero un pueblo civilizador debe conservarse varonil. Corinto, sí; Síbaris, no. El que se afemina, se envilece. Ni *dilettante*, ni *virtuose*, sino artista. En materia de civilización, no ha de buscarse el refinamiento, sino lo sublime. Con tal condición, se da al género humano el modelo de lo ideal.

El ideal moderno tiene su tipo en el arte y su medio en la ciencia. Con el auxilio de la ciencia se realizará esa visión augusta de los poetas: la belleza social. Se reconstruirá el Edén con A + B. Al punto á que ha llegado la civilización, lo exacto es un ele-

mento necesario de lo espléndido, y el órgano científico no sólo sirve, sino que completa el sentimiento artístico. La fantasía debe calcular. El arte, que es quien conquista, debe tener por punto de apoyo la ciencia, que es quien marcha. La solidez de la montura importa. El espíritu moderno es el genio de la Grecia con el genio de la India por vehículo: Alejandro sobre el elefante.

Las razas petrificadas en el dogma, ó desmoralizadas por el lucro, son impropias para dirigir la civilización. La genuflexión ante el ídolo ó ante el escudo, atrofia el músculo que anda y la voluntad que va. La absorción hierática ó comercial aminora el radio de un pueblo, baja su horizonte al bajar su nivel y le retira el conocimiento, á la vez humano y divino, del fin universal, que constituye las naciones misioneras. Babilonia no tiene ideal, ni Cartago tampoco. Atenas y Roma tienen y conservan, aún al través de la espesa noche de los siglos, aureolas de civilización.

Francia es un pueblo con las mismas cualidades que Grecia é Italia. Es ateniense por el amor á lo bello y romana por el amor á lo grande. Además, es buena y se entrega sin recelo. Está de humor para la abnegación y el sacrificio con mucha más frecuencia que los otros pueblos. Pero ese humor, tan pronto como los coge, los deja. Y de ahí el gran peligro para los que corren cuando ella no quiere sino andar ó para los que andan cuando desea estarse quieta. Francia tiene sus recaídas de materialismo y en ciertos instantes las ideas que obstruyen ese cerebro sublime no muestran nada que recuerde la grandeza francesa, y son de las dimensiones de un Missouri ó de una Carolina del Sur. ¿Qué remedio? El gigante representa el papel del enano. La inmensa Francia tiene sus caprichos de pequeñez.

A esto se reduce todo.

Paciencia. Los pueblos, como los astros, tienen el derecho de eclipse. No importa, con tal que la luz vuelva y que el eclipse no degenera en noche. Alba y resurrección son sinónimos. La reaparición de la luz es idéntica á la perseverancia del yo.

Hagamos constar estos hechos con calma. La muerte en la barricada ó la tumba en el desierto, es una necesidad aceptable para el sacrificio. El verdadero nombre del sacrificio es desinterés. Que los abandonados se dejen abandonar, que los desterrados se dejen desterrar, y limitémonos á suplicar á los grandes pueblos que no retrocedan demasiado lejos, cuando retroceden. No se debe, so pretexto de volver á la razón, avanzar demasiado en el descenso.

La materia existe, y el minuto y los intereses y el vientre existen asimismo; pero no se deben oír los consejos del vientre, como los únicos sabios. La vida momentánea tiene su derecho; concedido; pero la vida permanente tiene también el suyo. ¡Ay! El haber subido no impide caer. Ejemplos de esto, más de los que se quisieran, se encuentran en la historia. Una nación es ilustre, toma el gusto á lo ideal; y luego muere en el fango y le sabe bien. Si se le pregunta cómo es que deja á Sócrates por Falstaff, responde:—Porque me gustan los hombres de Estado.

Una palabra más antes de volver á la pelea.

Una batalla, como la que referimos en este momento, no es otra cosa que una convulsión hacia lo ideal. El progreso con trabas es enfermizo y padece esta clase de epilepsias trágicas. Hemos debido tropezar con la guerra civil, esa enfermedad del progreso. Es una de las fases fatales, á la vez acto y entreacto de este drama, cuyo eje es un condenado social, y cuyo verdadero título es: *el progreso*.

¡El progreso!

Este grito, que lanzamos con frecuencia, encierra todo nuestro pensamiento, y en el punto del drama á que hemos llegado, teniendo que experimentar aún más de una prueba la idea que abraza, quizá nos sea permitido, si no descorrer el velo, á lo menos dejar entrever claramente la luz.

El libro que el lector tiene á la vista es, de un extremo á otro, en su conjunto y en sus pormenores, cualesquiera que sean las intermitencias, las excepciones ó las debilidades, la marcha del mal al bien, de lo injusto á lo justo, de lo falso á lo verdadero, de la noche al día, del apetito á la conciencia, de la podredumbre á la vida, de la bestialidad al deber, del infierno al cielo, de la nada á Dios. Punto de partida: la materia. Punto de llegada: el alma. Al principio, la hidra; al fin, el ángel.